

"La muerte es temida por los que no se comportan con dignidad en la vida." (Manuel Celestino González, pocos minutos antes de apurar el cianuro. Un suicida racional.)

A lo largo de los siglos, la literatura ha sido una especie de alimento para satisfacer apetencias espirituales del hombre. Dentro de ese ámbito, la narrativa ocupa un lugar preeminente porque el contar es una actividad primordial: se cuentan las frutas y las estrellas, los hombres y las bestias, las alegrías y las penas. Todo es contable.

No es extraño, pues, que Rosa María Britton cuente las caras de la muerte y que lo haga desde la perspectiva de médico, de persona y de artista, en una fusión admirable.

Ese es su libro LA MUERTE TIENE DOS CARAS, que viene de obtener un premio internacional, otorgado en un pueblo lleno de excelentes narradores y en competencia con otros altos exponentes de la narrativa hispanoamericana.

La muerte es el "leit motiv" de la obra. Son ocho cuentos cortos, escritos con una sencillez lingüística engañosa para el lector desapercibido. Cada cuento está precedido de un epígrafe, que es un universo semántico y que le sirve de telón de fondo a cada narración.

En este libro la muerte se presenta en tres planos distintos. El primero es el de la muerte universal, el Thánatos griego, visible en todos los pueblos, las creencias, los mitos, religiones y literaturas. Es la muerte genérica, la que simple-

plemente significa el acabamiento de la vida y que puede considerarse como una liberación, el infinito de la nada o la que abre las puertas a la esperanza. Es la muerte severa, misteriosa, la que es sujeto de la teología, la filosofía o la especulación metafísica.

El segundo es el de la muerte individual, la que se identifica por su propia peripecia, la que no puede enajenarse, la representativa de la posesión única de cada hombre. Es la que puede calificarse con los adjetivos mía, tuya, suya, intransferible y singular.

El tercer plano es la muerte como elemento artístico, que reúne a los dos anteriores, encarnados en seres nombrados y en los cuales se asoma la experiencia profesional de la autora y su lucha cotidiana con la muerte.

No permiten ni el tiempo ni el momento analizar cada uno de estos estadios e ilustrarlos con las experiencias coincidentes de otros escritores. Nos limitaremos a una visión panorámica del libro mismo y los atisbos que creemos descubrir en la autora frente al fenómeno de la mortalidad.

Los personajes son mera ficción para el lector sin malicia, el que no penetra en las raíces que los sustentan, sin embargo, cada uno de ellos es un ser de carne y alma, historia y muerte. Son seres concretos, palpitantes y dramáticos, nacidos de la experiencia profesional, las vivencias afectivas y el sentir de su creadora.

Siento que por medio de ellos Rosa María ha humanizado (por no decir hermoñado) a la muerte. Su bregar con ella diariamente le da asidero para hacer de ella "una amiga de pelea" y reconocerle atributos humanos: furiosa, intempestiva, cruel o concesiva. En esta última condición de condescendencia está, apabullada e impotente, la voz desgarrada de la limitación de la ciencia. En ese predicamento, el hombre sólo puede recoger lo que la muerte le concede para alentar la lucha, para tener la muerte misma a alguien con quien contender y darle así mayor relevancia a su victoria. O para no aburrirse, tal vez. Es el inquietante sino del médico, que la autora/expresa con dramatismo externo sino con una dolorosa serenidad emanada de aquel "A veces <sup>me</sup> ~~de~~ deja ganar". Es una confesión humilde y resignada, llena de estoica valentía que conmueve los estratos más profundos del sentimiento. Rosa María debe de sentir ella misma, con cada derrota, una muerte pequeñita como para decir con Pío XII, "Quotidie Morior", es de cicir, muero poco a poco. Hay en la actitud de la autora una especie de renunciación racional porque tiene fe en la vida y en su misión profesional basadas en la esperanza.

Creo que Shakespeare es el autor que más usó la muerte como elemento artístico. En "Hamlet", "Medida por medida", "Vida y muerte del Rey Juan", "Ricardo II", "Enrique IV", "Julio César", "Antonio y Cleopatra", "Pericles", "A buen fin no hay mal principio", la muerte ha sido tratada veintiséis veces en funciones y perspectivas distintas. Y muchas de ellas coin-

ciden con las muertes corporeizadas de nuestra autora.

La desnudez de la muerte que ella nos pinta, también coincide, entre líneas, con el concepto que tiene Quevedo:

La muerte no la conocéis, y sois vosotros  
mismos vuestra propia muerte; tiene la cara  
de cada uno de vosotros... y lo que llamaís  
morir es acabar de morir, y lo que llamaís  
vivir es vivir muriendo!"

Y del mismo autor:

De una madre nacimos  
los que esta común aura respiramos;  
todos muriendo en lágrimas vivimos  
desde que en el nacer todos lloramos.

Kahlil Gibrán por su parte nos dice en su canto veintisiete de "El Profeta" que "la vida y la muerte son solo una cosa, como lo son, una, el río y el mar."

Cuando analizo estos pensamientos, siento que en los cuentos de Rosa María Britton aparecen subyacentes o paralelas las ideas de esos autores, unidas a una proyección agónica de ella misma, que no está en aquéllos. Y unidas también a un sentimiento cristiano cuando la autora nos dice que tiene cita en el más allá con los personajes que, con otras vestiduras, ella ha rescatado de la muerte: el viejo Vicente, Fosforito, Li Wan y los demás.

Todos los cuentos son hermosos, y de cada uno de ellos se pueden extraer juicios de valor; pero en mi sentir se destaca el número dos, el que da título a la obra. No tiene personaje humano con nombre propio; su cuerpo es la agonía, viva y concreta. Está lleno de dolor y de misericordia y hasta cobra relevancia de personaje una mosca que se refocila

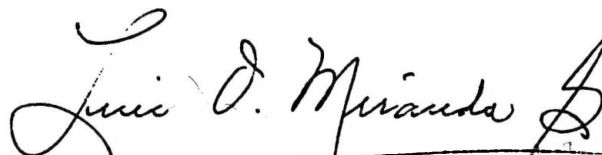
ahíta de la miseria física. Hay suspenso en la pregunta de los deudos: "Doctor, ¿no puede usted hacer algo? La autora deja abiertos los caminos a la respuesta, que puede ser la sanación del paciente o la liberación de la incomodidad de los parientes. Es un cuento de muy moderna factura, rico en motivaciones y de una intensidad psicológica profunda. Es un cuento digno del más exigente florilegio.

Dar a la luz una obra literaria es un acto compulsivo de la creación; es un imperativo de la sensibilidad y de la inteligencia; pero desafortunada y fatalmente, aunque nazca adulta, la obra qu3da ante el mundo en soledad y desamparo. Y ni siquiera la puede defender el afecto del autor.

Aquí, pues, frente a nosotros tenemos una nueva obra literaria, LA MUERTE TIENE DOS CARAS", Premio Walt Whitman, que bien puede considerarse como un triunfo del arte sobre la ciencia, pues lo que no consiguió la doctora con su sabiduría, lo obtuvo la mujer con su misericordia y su amor.

Saludemos con simpatía este nuevo triunfo de Rosa María Britton, que hace honor a la mujer panameña y a las letras hispanoamericanas.

Panamá, 11 de agosto de 1988



Director del Departamento de Español  
Univ. Santa María La Antigua (USMA)